



Aquella moza

Era la hora en que los gorriones asomaban a la enramada del pino holandés, en aquellos días en que dos niños desbordaban su existencia en sonora carcajada de ingenuidad y alegría, sobre el mismo jardín donde hoy se mecen las margaritas al tenue soplo de la brisa matutina.

Yo contemplaba un horizonte jaspeado de tonos azules y nubes escasas, por donde atisaban los rayos del sol, aún humedecidos por la llovizna de la noche anterior. Un trino claro de *sincopas* y *contratiempos* y un aleteo intermitente, agitaban las ramas en una danza inconclusa de imágenes. El río de aguas cristalinas, bajaba presuroso por las faldas de cercana montaña revestida de tintes morados. Atmósfera de melancolía en el agreste paisaje y dolorosos lamentos sonoros, por mí escuchados, en los murmullos de corcheas del *adagio* del *Cuarteto en Fa Mayor opus 59*, de Beethoven, amplificado entre las paredes de la biblioteca, desde cuyo ventanal, se vislumbraban visiones épicas, sumidas en el abismal sueño del alma.

La belleza de los sonidos, en los instrumentos de aquel Cuarteto, me causaba raras sensaciones: una melancolía aferrada a la nostalgia convertida en tristeza; perturbaciones en la mente y temor a un mañana incierto. No era posible penetrar, solamente al universo cautivante del sonido motivado por los arcos sobre las cuerdas, ni dejar de lado la emoción indómita surgida de la naturaleza del entorno. Todo tenía un atractivo seductor, íntimo a la vez, con preguntas silenciosas lanzadas al vacío. Así transcurrían las horas, cuando alguien llamó con cuatro golpes a la puerta de mi casa. Me pregunté: ¿El destino? ¿Qué ironía!... En el umbral estaba una mujer con cabellos teñidos por el tiempo. En su mirada brillaban las penas, muy difíciles de ser descifradas. Su saludo era como una pregunta entrecortada. Yo desconcertado por la inesperada visita, tardé en reconocer aquella imagen arropada de hermosos textiles, tejidos con tierra y viento de puna arisca.

Vencida la sorpresa, juntos ingresamos al solarío donde dormía enroscado, como un capitel jónico, el mimoso gato siamés de blanco pelaje. Perdida la costumbre de frecuentar el ambiente urbano de una ciudad que ya no era la que conoció en su juventud, todo le era extraño y agresivo. Tampoco, ella, era la moza de entonces.

Aquella moza, fragancia de surcos abiertos, cabellos trenzados con retazos de cielos nocturnos, sonreía con ternura de madre india. Esta vez se veía algo encorvada. Sus hombros no ocultaban el paso de los años entregados a trabajos bajo un sol abrasador. Todo en su ser era distinto: el hablar con pausas prolongadas; el mirar con insistencia las paredes que protegieron su cuerpo; el acariciar el lomo del felino. Su voz pausada retrocedía en el tiempo. El diálogo iniciado dio paso a su monólogo. Hablaba de esos días en que el alma no necesitaba nutrirse de recuerdos.

La mujer relató pasajes de su vida en tierras de sembradíos, mientras llevaba a la boca una hoja de coca que aceleraba su memoria. También evocó los días de vida en la ciudad y la gente que la rodeó por muchos años. Habló prolongadamente en la hora otoñal, mientras caían las hojitas de un arbusto que ya había perdido su esplendor florido: nombres, hechos, calles, animales y juguetes, construían un recuento de candidas historias mencionadas en la emoción del recuerdo. Aquellas imágenes plateadas por los años, aceleraban cada vez más mis latidos, en tanto que un sudor frío brillaba en su rostro, resaltando las líneas de la frente, confirmación de muchos inviernos de soledad. Ella, bajaba la vista o giraba hacia un punto indefinido. Recreaba su mirar en cada uno de los objetos de la casa, evidencias del pasado. Su sangre aimara le daba fortaleza en la suprema prueba de la verdad descarnada.

Cuando terminó la visita, retorné a mi mundo de ensueños. Acaricié al gato y detuve la vista en el muro dorado de hiedras trepadas entre piedras y ladrillos en forma de escalinatas, a veces enrojecidas por el trajinar de las hormigas cargadas de frutos, o adornadas por las alas de multicolores mariposas. La música se había debilitado en la biblioteca. Arañitas de lomo casi transparente, como el cristal de roca y con ojos pardos, relucientes saltones, abandonaron el escenario al callar los violines. Presurosas retornaron a las hojas quietas de la madreselva. El silencio avivó mi mente y mis ideas fluyeron mientras frotaba con tres dedos la cabeza de mi gato. Mi nostalgia rebasaba toda templanza, desbordándose hasta acumularse en mis puños fuertemente cerrados, en tanto golpeaba con acento tamboril sobre la mesa circular y daba vueltas alrededor de ella con la mirada perdida.

¡Oh no, no puede quedar todo esto sólo en mí, tengo que compartir estas emociones para que no me reviente el pecho! Repetí con voz imperativa, en tanto que las orejas del felino apuntaban hacia mi rostro, a causa del ocioso monólogo. Poco después, cruzando una chalina de alpaca en el cuello, abandoné la casa. Desde el ángulo de la vidriera, el gato sentado como vasija zoomorfa-chimboté, miraba cómo me alejaba a esas horas en que el sol proyecta sus rayos en líneas quebradas y desfigura la sombra de los que caminan por la sinuosa ciudad.

Avancé por las anchas avenidas y luego seguí por una calle angosta. Mi paso era ligero y acortaba distancias. Crucé por un puente para descender por una estrecha escalinata de piedras hasta llegar a unos amplios jardines animados por voces de niños y cantos lejanos de pájaros solitarios. Desde allí se contempla parte del sur de la ciudad tendida en la longitud de su desarrollo: anárquica en sus construcciones, folklórica en su colorido, impersonal en sus edificios. La metrópoli había tomado los

cerros, tumbado la historia y aplastado la belleza de su naturaleza. En la contemplación del paisaje urbano, los cerros colorados y agrupados en una imaginaria galería de arte, parecían gigantescos lienzos de pintores impresionistas. En cambio, las sombras rebotaban en las montañas con imágenes de siluetas surrealistas sobre los altos edificios recortados en la orgía de su arquitectura.

Los jardines se abrían con generosidad y exhalaban el aroma del pasto humedecido. Mientras subía por esos espacios verdes, yo inhalaba fragancia de nardos y azucenas. Mi figura crecía en su propia sombra mientras caminaba apresuradamente. De pronto, me detuve en la parte superior, junto a los robles, donde se aprecia el colorido encanto de las astromelias. Los árboles inclinaban sus ramas, a esa hora sofocante de la siesta, para proteger los senderos que pisaban mis plantas. Había llegado hasta el lugar donde iba a hablar de aquella moza, ahora transformada en una errante figura. Sentado sobre el pasto, apoyé uno de los codos y comencé mi relato:

Escúchame, le dije, quiero contarte de mis emociones del día. Quiero sacar de lo más profundo de mi ser, lo que mañana ya será un pasado, exaltación de recuerdos acumulados en fuertes latidos. Escúchame: vino hoy Barbarita, una mujer con ojos de ausencia. No es el gris cabello el que marca los años transcurridos, es el rostro cobrizo, ajado, marchito, lo que refleja noches de insomnio. Son las huellas marcadas en su vencida figura, las que muestran el límite entre aquella joven que jugó contigo y la que hoy camina por tierras cuadrículadas de sequía.

Ya no es aquella imagen de la mujer sonriente, cuando tú eras indiferente al tiempo que devoraba lunas y se enriquecía de soles entre las sombras misteriosas de elevados pinos, hundándose punzantes en la noche tachonada de brillantes y también tras aquellos días vestidos de muñecas regalonas, lloronas, inquietas y elegantes, como los sueños que tejías bajo miradas celosas de tus compañeras de niñez, sin temores y sin compromisos. Más tarde, ¿recuerdas?, cuando el corazón lucía las galas de la primavera amante, ella, Barbarita, supo de tus inquietudes, de tus amores, de tus conflictos. Te conoció mucho antes que yo. Antes de aquella otra primavera, cuando dejamos el baile del colegio y nos fuimos a caminar por aquel prado sereno, salpicado de pétalos y ruidoso de hojas secas. Ella, Barbarita, vio en ti, esos ojos donde la menta perfumaba tu mirada. Ella los vio, antes que yo jugara al espejo en la búsqueda del reflejo de mi rostro, en el verde gris de tus encendidas pupilas. Ella, la que escuchó la melodía de tu voz, antes que yo recogiera esos arpegios, vino hoy a la casa solitaria y habló conmigo.

Sí, aquella joven que acompañó tus días, vino a verme hoy, cuando todo ya está marchito. Ella mira el entorno con ojos cansados, impersonales, interrogantes. Luego, prolonga aquella mirada hacia un horizonte de frío y escarcha, como si buscara aquello que amamos más, cuando ya no lo tenemos, como si en aquel confin estuviera la niña que conoció un día, mucho antes de conocerte yo. Como si allí donde el horizonte se hace mar, estuvieses jugando a las muñecas y al diálogo con nadie.

Barbarita busca otros rostros en esos confines, otras manos, también la frente que una vez se apoyó en su hombro. Extraña a los que se fueron mucho antes, en la primavera y en el verano de sus vidas. También busca a la mujer de piel dolida y corazón de niña, que abrió sus alas para protegerle del frío y calmar tu sed a la sombra de su pelo. Barbarita vino a buscarme, vino para hablarme de ti, para hablarme de tu niñez y adolescencia y llevarse la imagen de la niña que fuiste tú y de aquella artista que un día la acogió bajo un techo de sueños cromáticos. Sé que jamás regresará para contarme de tus días de niñez y adolescencia. Hay muchos años cansados en ella. Hoy, Barbarita, se fue con tristeza en la mirada, con las penas y los recuerdos camino del retorno por la tierra descuartizada de soles. Sus sienes teñidas de nobleza india y su agostada frente surcada de penas, quedaron prendidas al alma de quien la vio partir hacia lejanías. Caminaba con pasos apagados. Quizá nada más que una lágrima suya refresca las flores, antes que lo haga el rocío. Sólo una lágrima en el adiós silencioso. Camina lentamente. Su pollera de tierra auténtica muestra en sus tejidos un cielo pintado a brochazos irregulares. Se fue sin levantar la vista, sin volver a contemplar la casa de la cual se alejaba. No quiso recibir nada. Lo que se llevó, sólo fueron recuerdos. Tendió su aguayo y cargó en él su sombra hasta perderse en la distancia. Su silueta se volvió pequeña por la callejuela del regreso. Bien, eso es lo que quería contarte. Ya sabes quién golpeó la puerta en esta mañana de abril.

La tarde cedía espacio al ocaso y oscurecía las chatas viviendas. Murmullo de arroyo dibujado por la lluvia, voces confusas y aleteo de aves, cortaban la brisa. Me puse de pie y contemplé el vasto campo de las flores sin raíces y de las cruces de silenciosa oración. De espaldas al poniente, abandoné el rectángulo sembrado de pasto donde duerme eternamente la mujer de los ojos de menta.

Mario Ríos Gastelú. 1931.
Destacado periodista y escritor orureño

